

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

PUBLICACIÓN DECENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

TIRADA 7.000 EJEMPLARES

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

10 números decenales 0,50 de peseta
20 " " 1 " "
y así sucesivamente.
Incluidos gastos de correo, sin certificar.

PAGO ADELANTADO

«Este precepto os doy: «Que os ameis
los unos á los otros como Yo os he
amado.»

(Jesucristo á sus discípulos)

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la locali-
dad en la librería «La Escolar» Corrida 73,
y en el comercio «La Epoca» San Bernardo
38 y 40.

La correspondencia de provincias al señor
Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

SANTÍSIMO PADRE

Hoy que hijos extraviados por los caminos del error y de la rebeldía se obstinan en proporcionarnos horas de angustia, faltando á los sacratísimos deberes de católicos y de españoles, esta humilde publicación EL AMIGO DEL POBRE una vez más y con ánimo esforzado á fuer de católica verdadera y española neta, protesta ante Vuestra Santidad de tamaño atrevimiento y **JURA** ser siempre **FIEL** en todo y por todo al Vicario de Cristo en la tierra, porque sabe que quien con Vos, Santísimo Padre, está, no será confundido, según promesa divina, en el terrible día de la cuenta.

Agrupados, pues, como hijos obedientes, en torno vuestro, queriendo consolaros de tanta pena, dignaos Amorosísimo Padre, otorgarnos la APOSTÓLICA BENDICIÓN que recibiremos de rodillas, director, administrador y demás cooperadores de este decenario católico-obrero, para que fortalecidos con ella sigamos denodados, peleando las batallas del Señor.

EL TORO DE San Marcos Evangelista

(LEYENDA HISTÓRICA) (1)

I

Corría el año de 1556; aquellos sencillos é infelices peruanos que en el momento en que dejaron de ser cruelmente explotados, abrazaron la fe de Cristo y obedecían á sacerdotes y religiosos con asombrosa puntualidad, viendo en ellos, por su saber y sanas y edificantes costumbres, seres extraordinarios, y no les cabía duda que debían tener muy cercano é íntimo trato con aquel Dios único y poderosísimo de que les hablaban.

Llegaba el día de S. Marcos Evangelista, y el devotísimo P. Porres les anunciaba hacía unos días que había que celebrar una solemnisima fiesta y que tendría en ella lugar un hermoso y muy curioso acontecimiento.

Los indios la esperaban con ansia, y la víspera de la solemne función, por millares se contaban las almas que acudían á la iglesia de los padres Dominicos de Cuzco, de donde había de salir la procesión del santo.

«Cuál no sería el asombro de aquella sencilla gente cuando á un lado del santo Evangelista, como manso cordero adornado de flores, cintas y lazos, caminaba un hermosísimo toro, que con su grave y majestuoso paso parecía decir á los recién convertidos: Así se ha de honrar al autor de todas las grandezas en las fiestas de sus predilectos santos.»

Poco á poco fué desapareciendo el estupor y grande asombro que aquel acontecimiento al pronto les causaba, y viendo que primero el P. Porres, y después varios españoles que lo ha-

(1) El hecho que vamos á describir le trae, entre otros muchos, el celeberrimo cronista é insigne historiador abulense Gil González Dávila, y pueden verlo los curiosos en el tomo segundo de *Los teatros eclesiásticos de indios*.

bían visto en Brozas se acercaban al bravo animal, le acariciaban y ponían sobre él nuevos adornos, aquella sencilla y aun casi salvaje muchedumbre, deponiendo su gran temor, se fueron acercando al soberbio animal y con una satisfacción incomprensible le colocaban sus mejores galas, cintas, joyas y plumas. Al día siguiente á la fiesta no faltaba una sola persona de la ciudad de Cuzco que, asombrados, no se atrevían ni casi á respirar ni moverse, viendo al toro en el presbiterio durante el sermón y la Santa Misa sin hacer el más ligero movimiento; cada cual quería ser dueño de aquel toro que daba pruebas de conocer el poder y majestad de Dios mejor que ellos. Por muchos días no se hablaba de otra cosa y mucho valió á los misioneros este acontecimiento para ganar miles de almas.

Con ansiedad indescriptible deseaba cada año aquella impresionable gente llegase la fiesta del Santo Evangelista para contemplar una vez más el suceso prodigioso y para ellos tan extraño y tan de su gusto, y cada año se repetían las mismas escenas con el mismo entusiasmo y delirio, llegando á veces á ser tantas las joyas y alhajas, cintas y lazos que ponían sobre el amansado toro, y tal el respeto y admiración con que se le miraba, que hubiese llegado á veneración idolátrica con facilidad, teniendo en cuenta la propensión de aquella gente dada naturalmente al gentilismo, si los religiosos y sacerdotes no predicasen cómo había de tomarse aquello y cómo sólo la poderosa mano de Dios era la que sabía y podía así amansar las fieras, sirviendo todo para aumentar la fe y propagar rápidamente el cristianismo, haciéndoles entender cuál debe ser la obediencia y sumisión del hombre á Dios cuando así le obedecen los bravos animales.

Cuatro años hacía que venía celebrándose de este modo y con creciente entusiasmo la fiesta del Santo Evangelista con el acompañamiento del toro convertido en pacífico cordero, cuan-

do un curiosísimo incidente puso en peligro y á pique de perderse todo el copioso fruto, y de volver de nuevo al servicio del demonio aquellos infelices, si Dios no descubriese el porqué de aquella hazaña.

II

D. Pedro de Salazar, español, según el erudito historiador del Perú ya citado, Quintana Dueñas, que más que por la gloria de Dios y honor á la Patria, había ido al Perú arrastrado como muchos por la sed del oro, había sostenido un pleito por cuestión de intereses con varios sacerdotes, y según se deduce del historiador había llegado á maltratar á uno de ellos.

Como en aquellos dichosos y felices tiempos de nuestra querida Patria, hasta en los grandes pecadores estaba la fe muy viva, y todos, hasta los criminales, tenían un santo temor á las censuras de la Iglesia, se seguía necesariamente hermosa disposición para admitir la divina gracia, arrepentirse y confesarse, y tal era el borrón é ignominia que caía sobre el excomulgado, que él mismo se apartaba del trato de las gentes, no pocas veces para no volver jamás á él, encerrándose, si le era posible, en algún claustro á hacer penitencia.

¡Qué tiempos! ¡Y qué tiempos, diría aquí la mística doctora Santa Teresa si viese los nuestros!

Pedro de Salazar había procurado arrepentirse y confesarse; pero no había querido convencerse, según se lo habían dicho varios sacerdotes, que había incurrido en excomunión, y que siquiera *adcautelam* pidiese ser de ella absuelto, pues de nada le servía todo cuanto en lo demás hiciese. Y deseos le dieron de decir al confesor cuanto había pasado; pero fue tal la vergüenza que se apoderó de él con el temor de aparecer como excomulgado, que calló deseando como muchos morir mejor que aparecer separados de la comunión de la Iglesia; caballerosos tiempos que hasta en lo que hoy por los farsantes y necios caballeros se tendrían por ridículos, entonces hasta ese extremo llegaba.

Era, como hemos dicho, el 23 de Abril del año 1556; celebrabase con todo aquel derroche de admiración y entusiasmo, y el célebre toro marchaba en la procesión cargado de joyas, lazos, cintas y alhajas, como nunca, manso como cordero, había recorrido las filas que le abría la apiñadísima muchedumbre, sin que aquel espantoso griterío de vivas y entusiasmo en nada le hiciesen alterar su grave continente. Españoles é indios le abrían con admiración el paso entrando en la Iglesia delante de los sacerdotes, y al lado del Santo penetraba en la Iglesia para colocarse, como de costumbre, en el presbiterio durante el sermón y el Santo Sacrificio.

Cuatro pasos había dado dentro del templo, cuando, volviendo ligeramen-

te la cabeza, vió de pie cerca de los cancelos un español; bajó la cabeza el toro, y con espanto inmenso y gran terror de la muchedumbre, le levanta en alto y de un solo, pero certero golpe le arroja fuera de la iglesia, á más de doce pasos de la puerta de entrada.

El alboroto, terror y espanto fué general, y los gritos de horror y lástima lo dominaron todo ante el temor de que la fiera, perdiendo su mansedumbre, cobrara su bravura.

Pero pronto se calmó aquel general alboroto, cuando por una parte vieron que aquel hombre arrojado de la iglesia con tanto ímpetu quedó de pie sin recibir el más ligero daño, y por otra parte que el toro, como si nada hubiese hecho, manso como un cordero, con su grave, tardo y majestuoso paso atravesaba la iglesia sin alterarle en lo más mínimo los gritos y espanto de la muchedumbre; subió al presbiterio y se colocó en su puesto para estar presente al Santo Sacrificio, como de costumbre.

—¿Qué es esto?—se preguntaba con religiosa admiración la asombrosa muchedumbre.—¿Qué misterio se encierra en ese modo de obrar de la fiera, lo que jamás se había visto, y luego permanecer tan manso como antes?

Pronto los sacó de duda un fervoroso sacerdote que conocía perfectamente al español arrojado y comunicaba en secreto con el señor Obispo.

Después de la breve y secreta conferencia, el sacerdote sale de la iglesia, y encuentra en el mismo sitio donde fué arrojado aquel español que trémulo, confuso y compungido, de ninguna manera se atreve á entrar en el templo.

—¡Pedro!—le dice el sacerdote abrazándole.—El señor Obispo me acaba de conceder todas sus facultades; si estás arrepentido puedo absolverte.

El español, deshecho en un mar de lágrimas, se postra á los pies del sacerdote, y plenamente arrepentido, le ruega que, por amor de Dios, le absuelva.

El sacerdote le absuelve, y levantándole del suelo, le ruega que por amor de Dios y en honor del Santo Evangelista, que hable.

La muchedumbre, curiosa y asombrada, se había apiñado alrededor de ellos. El español, con voz compungida, humilde, pero potente para que le oyesen todos, dice:

—¡Señores! Bendigamos á Dios y honremos á su santo Evangelista San Marcos por este prodigio que con su bendito toro acaba de obrar conmigo.

Soy español; me llamo Pedro de Salazar; estaba excomulgado por malos tratamientos á este sacerdote que aquí veis.

Yo no quise hacer caso de pedir la absolución de ella porque no se me tuviese por excomulgado y pasar la vergüenza mayor que puede pasar un caballero español y cristiano.

Yo quise así burlarme de Dios y de su iglesia, y el Señor, por el toro de San Marcos, me ha hecho ver que de

las censuras de su Iglesia no quiere ni consiente que nadie se burle; sea el Señor bendito, que absuelto ya de mi excomunión, ahora oiré la Misa y el sermón con todos vosotros.

Y diciendo esto, entre la admiración y edificación de todos, que bendecían á Dios y al sagrado Evangelista que había querido darles una lección tan edificante por su celeberrimo toro, Pedro de Salazar entró en la iglesia, pasó al presbiterio, halagó al toro, que le lamió cariñosamente la mano, sin que en nada perdiese el fiero animal la mansedumbre de un cordero.

El efecto que esta admirable lección causó en indios y españoles—dice Quintana Dueñas—fué asombroso, y un temor santo se apoderó de todos acerca de quebrantar ó burlar las censuras de la Iglesia, que veían cómo Dios, por su infinita misericordia, con una fiera las vindicaba.

Lástima grande que un toro prodigioso, como el celeberrimo de San Marcos, viniese á decir á muchos de nuestros políticos lo que son las censuras de la Iglesia, de que ellos con tanto sarcasmo se burlan, y que haciéndoles volar entre sus duros cuernos, les dijese con Cristo, que duelen más que las palabras de los sacerdotes: «Con Dios no se juega»; pero si aquí ahora no mandan toros como el de San Marcos, peor para ellos, pues en su loca presunción de *somos el dios Estado; la Iglesia no tiene fuerza contra nosotros*, se hallarán un día entre las más terribles astas de la eternidad del infierno, *porque fuera de la Iglesia no hay salvación*.

JENARO LUCAS (ORANGE)

VIVIR SIN RELIGIÓN

¡Vivir sin religión!.. triste martirio
De algún ser que se llama indiferente
Sin que llegue á sentir en su delirio
El destello de Dios sobre la frente,
¡Vivir sin religión!... ¡Qué sentimiento
Amargamente nuestro pecho hiere
Al escuchar el último lamento
Del infeliz que sin creencias muere!
¡Vivir sin religión!.. ¿Hay quien se atreva
A olvidar nunca tan sagrado nombre,
Si es el impulso que hacia Dios eleva
El soñador espíritu del hombre?
Ella nos une con amante lazo
A la región purísima del cielo,
Nos guarda cariñosa en su regazo
Y llena nuestras almas de consuelo.
¡Divina religión, á cuyo arrullo
Se mecieron los sueños de mi infancia
Como mecen las brisas su murmullo
Como mecen las flores su fragancia!
Tú, que eras la esperanza de mi vida
Cuando ayer, niño, bendecí tu nombre
No me abandones, religión querida,
Hoy que aquel niño se convierte en hombre.

LIBORIO RICO

¡¡COMPATRIOTAS!!

Lleno mi corazón de ardor bélico y mis ojos de lágrimas al contemplar otra vez las desgracias de mi patria, y no pudiendo ya por propia cuenta oponerme á ellas como en aquellos memorables tiempos de la francesa, os doy desde estas altas regiones de la eternidad la voz de alerta contra lo que se os avecina, pobres compatriotas míos. No debierais, no, esperar á mi proclama; qué ¿no veis lo que ahora, no extranjeros, sino hijos traidores, malditos sean, vendidos á los planes de destrucción de sociedades infames, traman contra vosotros honrados y pacíficos ciudadanos de la patria más noble y gloriosa? ¿No veis cómo después de haberos arrancado el pan, empobreciendo vuestras industrias, después de haberos dejado sin honor, consintiendo cuando no fomentando en vuestro suelo, en ese suelo tan rico antes de nobles caracteres, de espíritus valientes, la mala semilla del crimen más repugnante, de los errores más asquerosos? ¿no veis cómo después de todo esto se os quiere dejar sin religión, atacándola hipócritamente? ¡Sin religión!... Por ella nosotros en aquellos tiempos en que tuve la honra de ser el primero que grité: ¡Alerta!, luchamos con alma y vida hasta vencer.

¿Qué haceis? ¿en qué pensais que no os veo ya levantados como un sólo español contra esos que desde Madrid han decretado vuestra perdición? Dios mío ¿habrá ya desaparecido de mi querida patria el fuego sacro de patriotismo y religiosidad, únicos sentimientos que hacen á los hombres y á los pueblos, nobles, grandes, valientes, invencibles, gloriosos?...

Espanoles, en la nación vecina, en esa nación que... no lo puedo decir desde aquí, teneis el ejemplo viviente de lo mucho malo que os espera como obreros, como industriales, como españoles, como católicos... ¡Alerta! Antes morir que presenciar tanta vergüenza...

¡Compatriotas; LA ESPAÑA ESTÁ EN PELIGRO, PERECE VÍCTIMA DE LA PERfidia MASÓNICA!... ¡¡ESPAÑOLES, ACUDID Á SALVARLA!!

Así gritaba yo en aquellos tiempos de la Independencia, así os grito hoy desde aquí, donde ya no puedo daros el ejemplo de viril resistencia.

Luchad con denuedo; vuestra Capitana Generala, la Virgen del Pilar os ha de llevar á la victoria, porque España es su tierra predilecta y no debe ser mancillada ni por el extranjero ni por hijos traidores.

España no puede ser España sin Maria, porque á ella debe sus glorias. El enemigo, acecha ese solar bendito para reducirle á la más degradante esclavitud. No debeis consentirlo y no lo consentireis; de ello se enorgullece una vez más el que fué

ALCALDE DE MÓSTOLES

Puestos en la mesa de redacción para escribir algo acerca de los sucesos de triste actualidad, nos encontramos con esta patriótica «Proclama» que huele á ultratumba, por lo que suponemos sea del mismísimo Alcalde de Móstoles, célebre en los anales de nuestra Historia.

La publicamos satisfechísimos, deseando verla reproducida y que surta los mismos efectos de valiente resistencia contra los actuales enemigos de la patria y de la Religión que surtió *la otra* en 1808.

Canalejas y las patatas

Chisco, —¿pagas una copa?

—No hay perras.

—Vamos, anda, no seas roñoso.

—Te digo que estoy á la cuarta.

—Bueno, ya nos las dará fiadas el Manco.

—Entra delante. Oye y qué hay de política?

—Por qué es la pregunta?

—Por que te veo un periódico en el bolsillo.

—Ah, sí, viene muy curioso; trae un artículo titulado «Canalejas y las patatas.»

—Hombre, ¿pues qué relación tiene D. José con los tubérculos?

—Velay, cosas de la Prensa.

—Y ¿qué dice de bueno?

—Que más acertado hubiera estado Canalejas si en lugar de emprender la revolución con los frailes, la hubiera emprendido con las patatas.

—Y ¿cómo explica el periódico esa revolución patatera?

—Muy sencillamente. Ha calculado el terreno baldío que hay en España y el número de braceros útiles, entre los que se cuentan muchos diputados de la mayoría, y hace una suma de toneladas de patatas, que me río yo de los siete años de abundancia de Egipto en tiempo de Faraón.

—¡Córcholis, qué dicha para nosotros, obreros que no tenemos dónde ganar un real! Pero digo una cosa y es que con tanta patata estábamos á punto de coger una estomagada. Ya ves, mi suegra no puede cenar lentejas tres noches seguidas porque dice que la empalagan.

—Déjate de suegras. Teniendo patatas, tienes dinero y puedes comprar aunque sea un automóvil de 60 caballos para pasear á tu mamá política después de la cena.

—Pero, ¿tanto habían de dar las patatas?

—Pues el primer año más de cien millones de pesetas líquidos; total la renta de consumos. De modo que ya ves, ese año bajaba el pan y la leche y la carne.

—Y ¿el segundo año?

—El segundo año, sembraríamos en el mismo terreno remolacha azucarera y tendríamos el azúcar al precio de las patatas.

—¿De modo que en pocos años esto sería un Jáuja?

—No tanto. Pero el obrero tendría pan y trabajo; y como los frailes se habían quedado en el convento, tendríamos también Catecismo para atender al cuidado del alma.

—Ya veo que esos políticos nos engañan cuando nos dicen que van á hacer la felicidad del país echando á los frailes.

—Sí, nos engañan; pero ellos no mienten.

—A ver, á ver, espílicate.

—Digo que ellos no mienten, por que cuando nombran la palabra país se llevan la mano al estómago disimuladamente. Ya comprenderás que ellos habían de recoger la herencia de los religiosos como ha pasado ahora en Francia con los mil millones de las Congregaciones.

—Enterado; pero acaso el ojo de Canalejas vea más utilidad para el pueblo en el menor número de frailes.

—Lo que preocupa á Canalejas no es el bienestar del pueblo, sino el cumplimiento del programa liberal como él dice á todas horas.

—Y ¿eso para qué?

—Pues para tener escuela láica, matrimonio civil á todo pasto y entierro á lo jumento.

—Y ¿eso es gobernar una nación?

—Los periódicos de la cuerda dicen que sí; y le llaman á su compinche, ilustre estadista, gran cerebro, mentalidad suprema y otras berzas.

—Bah, bah, pues estamos frescos con semejante hombre.

—Ahí tienes en qué viene á parar tanto discurso, tanto derroche de democracia y tanto anhelo público.

—Sí, sí, ya lo veo; todo viene á parar en darle la castaña al pobre Juan Español con promesas de libertad y montones de progreso. Y ¿cuánto tiempo hace que están con esa sonata?

—Una friolera, más de setenta años.

—Pero ¿cómo no se unen los hombres de buena voluntad y mandan á esos políticos á paseo?

—Ah, si se uniesen todos los católicos para luchar en la Prensa y en las elecciones, te aseguro que á la vuelta de pocos años se había de ver negro Canalejas para salir alcalde de barrio.

.....

.....

Con que quedamos en que el problema de las patatas hubiera sido lo más acertado, como dice tu periódico?

—Sin duda ninguna.

—Adios, Ramón.

—Adios, Chisco.

P. R.

Mendizabal, su obra y sus adoradores

Del hermoso libro del señor Obispo de Jaca «El Presupuesto del Clero» documentado convenientemente para que nadie pueda achacarle que falta á

la verdad, vamos á copiar algunos párrafos á fin de que los honrados lectores de EL AMIGO DEL POBRE sepan lo que se debe saber acerca de ese desamortizador de los bienes eclesiásticos que se llamó Mendizabal, ante cuya estatua los radicales van á prostrarse ahora sintiendo la nostalgia del atropello á la propiedad sagrada, del robo, del saqueo y hasta del asesinato. Ni más ni menos.

En el capítulo II que trata del despojo de los bienes del clero, y en lo referente á dicha repugnante desamortización, se leen los siguientes párrafos:

«Mendizabal disculpó su desamortización diciendo que era para aliviar la Hacienda pública española de los excesivos gastos que sobre ella pesaban, y resultó que después de hecha, la Deuda Pública siguió elevándose á un millar de millones de pesetas.

La desamortización sólo dejó, decía el Duque de Rivas en el Congreso el 1.º de Marzo de 1838 «escombros, lodo, lágrimas y abatimiento.»

Aparisi publicó en la «Restauración» que los bienes eclesiásticos se vendían sin beneficio de la nación, con daño del pueblo y en provecho sólo de especuladores inmorales.

Muchos propietarios se enriquecieron con los bienes de la Iglesia, pero el derecho de propiedad quedó hondamente trastornado.

Pí y Margall dijo en el Parlamento «Para apoderaros de los bienes del clero secular y regular habeis violado la santidad de los contratos, por lo menos tan legítimos como los vuestros; habeis destruido una propiedad que las leyes declaraban poco menos que sagrada, inalienable é imprescriptible, y luego extrañais que la clase proletaria diga; si la propiedad es el complemento de la personalidad humana, yo, que siento en mí una personalidad tan alta como la de los hombres de las clases medias, necesito propiedad para completarla.»

En su bien documentada «Historia de las Sociedades secretas» D. Vicente de la Fuente hace ver cómo «lo mismo los francmasones que los comuneros, deseaban la desamortización eclesiástica.»

Esta desamortización en España tuvo el doble fin de asegurar el triunfo de la política antirreligiosa y aminorar la influencia del Catolicismo.

El Sr. Menéndez Pelayo en su «Historia de los heterodoxos españoles» dice de la desamortización eclesiástica que fué un inmenso latrocinio, un contrato infamante de compra y venta de conciencias...»

La desamortización eclesiástica fué el cumplimiento de una parte del plan de la Revolución cosmopolita.

El odio que gobiernos sectarios profesaban á la Iglesia, reprobadora de sus vicios, fué el que los llevó á despojarla de cuanto poseía y que redundaba especialmente en provecho del pueblo sin que valieran para nada las protestas de éste.

Un historiador español cuenta que «en Madrid se vió á las queridas de los Ministros ostentar las alhajas de la Virgen de Atocha y de otras efigies.»

No citamos más para no ser cansados; por lo expuesto juzguen las personas honradas y vean quién fué Mendizabal y cómo se honran sus homenajeadores.

SECCION RECREATIVA

EL GRAN FARANDULLERO

Con este titulo publica «El Cronista del Valle» de Pozoblanco, un sabrosísimo artículo del que tomamos los siguientes elocuentísimos párrafos:

«Cuando todavía no estaba tan estragado por la enfermedad nerviosa que le tiene en la situación deplorable que ustedes habrán podido apreciar, ya era una notabilidad el Señor Canalejas en esto de adaptarse á los ambientes y dejarse arrastrar por la impresión de momento.

Nosotros recordamos un viaje que siendo muchachos, cuando empezábamos á periodificar, el deber profesional nos obligó á realizar por Cataluña, acompañando al actual jefe del Gobierno, que era entonces ministro de Instrucción pública ó de Fomento.

En aquella excursión visitó el Sr. Canalejas seis ó siete pueblos, y en todos pronunciaba el mismo discurso, solo con ligeras variaciones, para darle cierto sabor local.

Cada uno de aquellos pueblos era el predilecto, el objeto de sus preocupaciones, el que más amaba aun antes de conocerlo. Únicamente para dispensarles protección se felicitaba de ser ministro.

Al bajar del tren preguntaba al alcalde: ¿Aquí qué es lo que priva?

—Señor ministro, la cuestión del ferrocarril, ó el asunto del puente, ó el pleito de la carretera...

Ya no necesitaba saber más:

—¡Ah, señores, cuántas veces me ha quitado horas de sueño ese ferrocarril de vuestros anhelos, esa carretera que ha ser la salvación del pueblo, ese puente, compendio de vuestras más legítimas aspiraciones de progreso y engrandecimiento!

Y al son que le tocaban bailaba D. José.

En un pueblecito donde se detuvo el tren sólo unos minutos, salieron á saludarle á la estación el monterilla, unos cuanto concejales y una murga desafiada.

Canalejas, de pie en el estribo del vagón, recibió el homenaje montaráz. Cuando la murga hubo tocado la Marcha Real, el alcalde, que charlaba casi tanto como el ministro, hizo un discurso y empezó á presentar gente al Sr. Canalejas.

—Aquí ha venido también para saludar al señor ministro el hombre más viejo del pueblo, un anciano que tiene ciento nueve años y que se acuerda perfectamente de la guerra de la independencia—dijo el alcalde señalando á un viejecito tembloroso que estaba un poco apartado del grupo.

Canalejas, que es muy corto de vista y que se había distraído, volvió la cara al oír lo de los ciento nueve años, y dando la mano al secretario del ayuntamiento, hombre de mediana edad, pero que á lo sumo no representaba más allá de medio siglo, exclamó mirándole con fijeza:

—En vuestra frente venerable se advierte, noble anciano, lo que habéis vivido. Parece como si las desgracias de la Patria de que fuisteis testigo en estos cien años hubiesen dejado cada una la huella de un surco...

El secretario, que poseía ancha y lisa frente de hombre despreocupado, quedó como quien ve visiones.

Señor ministro, V. E. me confunde, El de los cien años no soy yo, sino aquel viejo que está allí.

Canalejas, algo cortado, llamó al anciano y le repitió la frase de las arrugas y de la desgracias de la Patria.

En Manresa iba Canalejas con su séquito por la calle diciendo tonterías, y al llegar á una plaza donde había unos chiquillos que jugaban, se detuvo, llamó á uno de ellos, y levantándole en alto, después de besarlo en la frente, dijo á gritos para que todos lo oyesen:

—Mirad qué hermoso ejemplar de la raza manresana. Nieto, á buen seguro, de aquellos heroicos *payeses* del Bruch; tipo catalán, hermoso muchacho...

Después nos refirieron que el chiquillo era hijo de un guardia civil, natural de Cuenca, que llevaba ocho días en Manresa.

Este es Canalejas, el más donoso comediante que produjo este país tan pródigo en notabilidades de la farándula.

En medio de todo, resultaría un hombre muy divertido si sus farsas no nos costasen dineros y pesares.»

BIBLIOGRAFIA

LAS ESCUELAS LAICAS

Publicación interesante.

Nuestro colega de Almería LA INDEPENDENCIA, acaba de editar en un primoroso librito los notables artículos que hace poco escribió para aquel estimado y popular diario, el sabio catedrático y fundador ilustre de las Escuelas del Ave María, don Andrés Manjón, combatiendo la enseñanza laica.

Recomendamos con todo interés la lectura del expresado librito, en el que se demuestran con irrefutables argumentos las consecuencias funestísimas de la enseñanza irreligiosa.

El mayor elogio que podremos hacer de tan interesante publicación lo entraña el nombre del autor de tan brillantes artículos, en todas partes respetado y por todos reconocido como autoridad indiscutible en cuanto se relaciona con los transcendentales problemas de la instrucción y la educación.

El precio de cada centena de ejemplares es de 8 pesetas y el de un millar, 70, y se vende en la librería de Herederos de Juan Gili, Cortes, 281, Barcelona.

Los milagros de Nuestra Señora del Pilar.

Este es el titulo de un opúsculo de propaganda que, seguramente; se apresurarán á distribuir con profusión los devotos de la Virgen del Pilar.

Es una relación interesantísima de 31 prodigios ó favores logrados por intercesión de la Excelsa Patrona de Zaragoza.

Y va precedida de una noticia sobre la *Hospedería del Pilar para peregrinos enfermos*, que está abierta todos los años desde el 20 de mayo al 31 de octubre.

Estos folletos pueden pedirse acompañando su importe (que es 6 pesetas el 100 y 40 pesetas el Millar), al Administrador de los *Anales del Pilar*.—Apartado 59.—ZARAGOZA.

Correspondencia administrativa

Sr. D. J. de la R.—Villada.—Tenía pagado hasta fin de Setiembre de 1909. Ahora hasta fin de Setiembre de 1910

Sr. Dr. del S. de Tuy.—Pagó 2.º trimestre de 1910.

Sr. A. P.—Puenteareas.—Idem id id.